

## SUSTENTOS CIENTÍFICO-FILOSÓFICOS DEL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO CUBANO

AUTORES: Homero Calixto Fuentes González<sup>1</sup>

Jorge Montoya Rivera<sup>2</sup>

DIRECCIÓN PARA CORRESPONDENCIA: [homero.fuentes@infomed.sld.cu](mailto:homero.fuentes@infomed.sld.cu)

Fecha de recepción: 04 - 08 - 2016

Fecha de aceptación: 11 - 09 - 2016

### RESUMEN

Se caracteriza la influencia de las corrientes filosóficas y científicas en el quehacer de la pedagogía cubana, su surgimiento y desarrollo desde fines del siglo XVII, XIX y principio de XX, entre quienes se destacan: José A. Caballero (1762-1835), Félix Varela (1788-1853), José de la Luz y Caballero (1800-1862), José Martí (1853-1895) y Enrique José Varona (1849-1933), gloriosas figuras del pensamiento filosófico pedagógico cubano, los cuales supieron cimentar ideas sólidas y modernas en lo referente a la concepción filosófico-política de la nacionalidad cubana y con ello reafirmar la identidad pedagógica cubana.

**PALABRAS CLAVE:** Pensamiento pedagógico cubano; corrientes filosóficas; nacionalidad cubana.

### SCIENTIFIC-PHILOSOPHICAL SUPPLIES OF CUBAN PEDAGOGICAL THOUGHT

#### ABSTRACT

This article characterizes the influence of the scientific and philosophical trends in the Cuban pedagogical thinking, its origin and development from the end of the XVII, XIX centuries and the beginning of the XX century. Among the most outstanding figures of the school of Cuban thought, we should mention: José A. Caballero (1762-1835), Félix Varela (1788-1853), José de la Luz y Caballero (1800-1862), José Martí (1853-1895), and Enrique José Varona (1849-1933). They knew how to consolidate solid and modern ideas regarding the political-philosophical conception of the Cuban nationality, and as a result, they reaffirmed the Cuban pedagogical identity.

**KEYWORDS:** Cuban pedagogical thinking; philosophical trends; Cuban nationality.

#### INTRODUCCIÓN

La lógica a seguir para la comprensión e interpretación de este proceso obedece

<sup>1</sup> Profesor Titular. Doctor en Ciencias. Fundador del Centro de Estudios de Educación Superior “Manuel F. Gran” de la Universidad de Oriente. Miembro de la Sociedad Cultural José Martí.

<sup>2</sup> Profesor Titular. Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor e investigador del Centro de Estudio de Educación Superior “Manuel F. Gran” Universidad de Oriente. E-mail: [jmontoyar@uo.edu.cu](mailto:jmontoyar@uo.edu.cu)

a realizar una trayectoria histórica de este pensamiento, pues permite dilucidar el camino recorrido por diferentes etapas y a la vez determinar los principales representantes de cada época. Durante la mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX en la sociedad cubana se comienzan a percibir cambios, que estuvieron en correspondencia recíproca con el desarrollo económico que se vivía, y tuvieron repercusión con la aparición de las reformas sociales en la Isla. Es esta la causa primordial por la que el pensamiento cubano de la época, de forma paulatina, pasa a ser un pensamiento renovador, influenciado en gran orden por las ideas que promueve la ilustración, la cual expone las posibilidades de un mundo dominado por la ciencia y la razón, además de proporcionar alternativas políticas que se ajustan a las nuevas circunstancias.

Es importante partir de la tesis de que en Cuba el pensamiento filosófico se sitúa como elemento mediador entre la ciencia y la patria, donde se explayan el método electivo del Padre Caballero, como forma primaria y espontánea de escoger, de resumir y consolidar, desde un reconocimiento lógico a los conocimientos, ascendiendo de forma natural; la estabilidad de los conocimientos adquiridos con la experimentación de Félix Varela; la dialéctica espontánea con la introducción de la práctica en José de la Luz y Caballero, la aparición del humanismo ético universal de José Martí y la proyección gnoseológica, antimetafísica, si bien positivista, de E. J. Varona, hasta llegar a la consabida contraposición entre las corrientes del pensamiento filosófico de la década del veinte, que se concentran entre aquellas que siguieron al pensamiento marxista y las que de una manera u otra se apartaron de él.

## DESARROLLO

José Agustín Caballero fue uno de los más importantes representantes de la Ilustración Reformista criolla, la cual desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, irrumpe como un movimiento ideológico. Desde este movimiento se dio comienzo a la reforma de los estudios de la Filosofía en Cuba, donde José A. Caballero introduce en sus Lecciones de Filosofía, las doctrinas Condillac, y ante todo los puntos de coincidencia con las teorías de Locke. Se revela iniciando un enfrentamiento contra la Escolástica, lo que hizo público en su escrito "Sobre la reforma de los estudios universitarios" (1795) donde hace visible la rigidez de la Escolástica y expresa la necesidad de darle vía libre a la razón y aboga por la libertad de expresión, lo cual era coherente con los adelantos científicos de la época. Realizó estos planteamientos con la finalidad de promover cambios que se ajustaran a las necesidades de los tiempos, incluida la filosofía. De ahí que J. A. Caballero encuentra un espacio para la difusión de ideas educativas, críticas constructivas y solicitudes de reformas, todo ello en aras de estimular en la sociedad el espíritu de la Ilustración. Es destacable su contraposición a las doctrinas dogmáticas del Escolasticismo, pues las mismas no eran abiertas ni permitían nuevas formas de conocimiento, evitando de este modo la evolución y el progreso del hombre ligado a los nuevos conocimientos.

José Agustín Caballero subdivide la causa material de los procesos en tres interrogantes: ¿de qué?, ¿en qué? y ¿acerca de qué?, con el objetivo de demostrar que a la filosofía, por su naturaleza, no se le puede considerar como a un objeto cualquiera. Al plantear estas interrogantes reconoce que en el primer caso se refiere a aquello de lo cual se hace algo; la segunda a que en el sujeto se contiene algo y la tercera, al objeto acerca del cual trata la ciencia. Como se puede apreciar aquí se expresa una problemática epistemológica, a partir de reconocer la relación entre el sujeto y el objeto, lo que su mirada filosófica se queda en un plano muy simple y dogmático propio de la época.

Para José Agustín Caballero el entendimiento no es como un simple receptáculo donde se encuentre depositada la filosofía, tampoco es una facultad pasiva del ser humano, porque es capaz de establecer un discurso y un conocimiento, cuestión que es condición del sujeto activo a partir del mismo.

Por su parte Félix Varela continuador de las ideas de José Agustín Caballero, desarrolló desde otra perspectiva estas ideas, siendo el primero en su época que asumió una posición radical, no solo en lo filosófico, sino también en lo político, con lo que da un giro en el pensamiento más genuino cubano, en la Isla, sin embargo su posición estuvo enraizada en el catolicismo, que era expresión de la realidad cubana de la época; no obstante con él se inicia el Siglo de Oro del pensamiento filosófico cubano, que se extendió en toda la primera mitad del siglo XIX.

En Félix Varela se destacan tres obras fundamentales como son: “Lecciones de Filosofía” (1818) “Miscelánea Filosófica” (1819) y su discurso inaugural en la primera lección de la cátedra de Constitución. La última de sus obras, el epistolario Cartas a Elpidio de 1835 y 1838, constituyen el testamento ideológico y esencia de su ideario.

Su obra “Miscelánea Filosófica” aparece un año después de las “Lecciones de Filosofía” y consiste en apuntes e indicaciones previas al estudio propiamente de la Filosofía como tal.

Para Varela el saber no consiste, pues, en repetir frases, sino en ser capaz de formar el conocimiento de nuevo por sí mismo, indicando las operaciones practicadas para conseguirlo, y percibiendo todas las relaciones que hay entre ellas, de ahí su postura en cuanto a la gnoseología que se expresa como forma de construcción del conocimiento.

Varela se sitúa en la posición del sensualismo, pero además se direcciona con un sentido tomista, quiere esto decir que la postura adoptada parte de considerar que lo impuesto por el objeto, al manifestarse tal como es, expresa una adecuación entre el objeto conocido y el sujeto cognoscente. Para él esa evidencia logra tener lugar en las naturalezas abstractas en frente de la inteligencia, y en los objetos concretos a partir de la intuición sensible.

Es meritorio significar que en el desarrollo del pensamiento filosófico cubano José de la Luz y Caballero constituye también un referente obligado a partir de

sus ideas y su proyección filosófico-pedagógica en el quehacer constitutivo de las ideas de avanzada en la nacionalidad cubana, y que es considerado como uno de los hombres de ética y moralidad más pura y elevada que ha tenido América.

La posición de J. de la Luz y Caballero era oponerse al sistema ético-filosófico del francés Víctor Cousin, quien desde el eclecticismo partía de considerar una ética racionalista de corte idealista subjetiva que tiene por objeto imponerse al hombre desde lo externo, sin atender al tiempo, las costumbres, su medio, normas de convivencia, todo lo cual forma a fin de cuentas el núcleo de una cultura popular. Tal ética se dirigía a formar un hombre pasivo para el cual los acontecimientos sociales no tenían significado. Él se contrapuso a este último desde el eclecticismo electivo aprendido de J. A. Caballero y F. Varela, a tal punto de defender una posición teórica propia de la vanguardia filosófica cubana, lo cual realiza desde una sólida defensa del empirismo y del método inductivo, y es que la filosofía cubana con este ilustre pensador deja de ser ontológica y comienza a hacerse crítica y epistemológica, lo cual favoreció a la postre la recepción del positivismo en la filosofía en Cuba.

De esta misma forma Luz y Caballero le presta especial atención y con mucha razón a las dos propiedades que posee la conciencia, el conocimiento y la comunicación, sin los cuales es imposible fundir en el hombre la verdad científica con el sentimiento de patriotismo. Analiza la necesidad de concebir un método pedagógico propio, enaltecedor de la verdad, que de categoría gnoseológica tratada solamente en materias filosóficas, devenga en gnoseología-moral, o sea, en conocimiento de la verdad, que interiorizada por los educandos crea una actitud consciente para la vida y la patria. Por eso consideró que sólo la verdad pondrá la toga viril.

La cualidad del pensamiento de Luz y Caballero estriba en vincular lo filosófico y lo pedagógico. Por tanto desde este postulado considera que la transmisión de conocimientos es fundamental para el educador en el desarrollo armónico e integral de las facultades y sentimientos de los alumnos para moralizarlos, educarlos en el amor a la virtud y hacerles buenos, en una palabra.

En tal sentido consideró al hombre, como un todo orgánico, siendo objeto principal de sus reflexiones, tanto en la polémica como en sus aforismos se aprecia esa preocupación central por lo humano, a la vez que entiende el objeto de la filosofía como la unión de la razón con los sentimientos, de tal modo que se integra a la acción práctica del hombre. Es a través de la teoría del método que se propone, al seguir la línea de F. Varela, emplear la filosofía en función de la educación del hombre para la emancipación de la patria.

Dirige su atención a la formación del hombre y para ello considera necesario eliminar la mayor cantidad de prevenciones posibles, con lo cual pretende fundar un conjunto de ideas, sentimientos y métodos, que no sean la adecuación en el contexto de escuelas de pensamientos, ni eruditos de argentería, sino hombres de entendimiento y verdaderos de corazón.

Consideró oportuno la vinculación entre la emancipación política y emancipación espiritual que puede lograrse a través de la conquista y defensa de la verdad, así como el conocimiento aplicado a la práctica en bien de la colectividad y la creación de sentimientos humanitarios.

Un apartado significativo de su obra lo constituyeron sus criterios en torno a la filosofía de la educación, aun cuando condiciona la moralidad a la existencia de Dios, propende a la cultivación de valores opuestos a aquellos generados por la sociedad colonial, que a su juicio dan lugar al individualismo y a la falta de solidaridad cotidiana, por lo cual se opone al egoísmo, para dejar sentado en su pensamiento una ética-humanista, que era exponente del patriotismo y el reconocimiento e identificación con el pueblo y la moral que precisa la patria, en tal sentido consideró que la educación no debe dirigirse a dar una carrera para vivir, sino de lo que se trata es de templar el alma para la vida.

En su concepción de la formación de “hombres” significa el vínculo de la espiritualidad y a la vez la capacidad, para servir a la patria, con lo cual signa los valores como la sencillez, la modestia, la verdad y el amor, los cuales deben ser desarrollados en la juventud a partir, fundamentalmente, de la auto perfección y la autocrítica.

Desarrolla toda una teoría empírico-racionalista del conocimiento, de gran envergadura en su época, con la cual polemiza y supera al psicologismo subjetivista del eclecticismo francés.

La profundización en la esfera epistemológica tiene una gran connotación en la concepción de Luz y Caballero ya que considera que en el proceso de educación de la intelectualidad en las instituciones se requieren el estudio de las ciencias naturales, como vía de robustecimiento del espíritu y la moral del hombre, en aras de solucionar los males del organismo social, en tal sentido asume que el hombre es alma, sentimiento y físico, todo unido en una pieza.

Desde la perspectiva de Luz y Caballero, al dar su visión sobre la verdad, asume que el espíritu del ser humano es el punto de aplicación de muchas fuerzas contrarias, por tanto considera la necesidad de que entre ellas haya una que no sólo la contrapesa a todas, sino que las arrastre y las domine, y esta debe ser la fuerza de la verdad. Y es que para sentir la fuerza de la verdad y el impulso de irradiarla, no hay proceso que lo detenga porque no puede ser detenido por nada luego que ya exista. De ello se desprende su posición filosófica, que alcanza gran relevancia por ser inusual para su época, en lo que respecta a la vinculación entre la teoría y la práctica, cuestión muy relacionada con el método, como medio para la adquisición de los conocimientos y un propiciador para la activación social del ser humano, y es que el método es portador de la praxis.

Un análisis riguroso de este planteamiento de Luz y Caballero conlleva a considerar que según su posición filosófica en el proceso del conocimiento se aprecia atisbos valiosos de dialéctica, pues en ese proceso cognoscitivo constituye un aspecto muy significativo el carácter activo del ser humano,

quien ocupa un lugar preponderante en la indagación del objeto, a partir de la práctica que este realice. Es entonces de un gran valor epistemológico su postura acerca de la vinculación de la teoría y la práctica, principalmente desde la comprensión de la relación entre lo empírico y lo teórico, como alternativa en la solución del conocimiento de los objetos.

Este acercamiento a la relación teoría-práctica, a partir de una unidad indestructible para Luz y Caballero es la postura lúcida de un pensador que aboga por la eliminación de cualquier fragmentación o separación entre ambas, pues según su posición filosófica, en cuanto a gnoseología se refiere, la teoría ha de ser expresión de los procesos y fenómenos interrelacionados como hechos en la práctica, donde a su vez la teoría no es más que una aproximación al conocimiento real de los objetos.

Es indiscutible que la aproximación al conocimiento científico en la concepción de Luz y Caballero se dirige a resaltar el valor de la teoría, la cual debía dar solución a los procesos prácticos como aspecto esencial en la actividad humana. De ahí que se pueda inferir el carácter mediador de la práctica en la conformación de la teoría, el carácter creciente y en desarrollo de esta última, nada menos que en la conformación de la verdad a partir del rol del pensamiento en la búsqueda de nuevas relaciones y nexos en los objetos y el acercamiento a las contradicciones por la teoría como vía expedita en la inmediatez a los objetos, y de hecho a la praxis.

Esta asunción de Luz y Caballero constituye un aspecto relevante en su pensamiento filosófico, ya que sirve de procedimiento metodológico para contrarrestar la especulación idealista del eclecticismo que pretendía ganar terreno en las ideas filosóficas en Cuba, es por eso que fue consecuente con un pensamiento de avanzada para su época.

En la lógica continuidad del desarrollo del pensamiento filosófico cubano, la cumbre cimera del mismo lo constituye el ideal de José Martí, quien fue un continuador y la síntesis superior del pensamiento cubano en el siglo XIX, y del cual su antecedente más inmediato lo tiene en Luz y Caballero, su principal razón, en tanto la sustentación en valores del proyecto de vida individual y social resulta esencial para concederle un sentido de identidad nacional y patriótico, que junto a valores universales, direccionan una práctica social transformadora necesaria para este final de siglo XIX.

El enfoque asumido por Martí revela con profundidad la esencia filosófica de su concepción del hombre, el sentido de la vida y los valores que connotan la vertiente de la práctica humana. En el Maestro se descubren los aspectos más significativos de cubanidad, americanidad, hispanidad y universalidad que se encuentran en la esencia de su pensamiento, y donde se destacan sus dimensiones filosófica y axiológica que guía su programa filosófico-pedagógico.

El discurso martiano tiene un pleno sentido cultural a la vez que una vocación ecuménica, donde su perspectiva filosófica, se direcciona a las consideraciones y criterios acerca del mundo y de la vida humana, y es que hace centro suyo al

hombre en búsqueda constante de su ser esencial y su ascensión ético-humana.

El estudio de su pensamiento permite reconocer que en José Martí existe un sentido cósmico, y es que este pensador cubano, inserta en el universo a la naturaleza humana, la cual constituye el núcleo de su cosmovisión del mundo, expresa una postura teórica de dirección unitaria, al comprender al ser como un ente complejo, pues considera que el mismo está tipificado por la analogía, el equilibrio y la armonía universal.

Esta postura martiana no es más que la expresión de su intenso mundo espiritual, donde revela el vínculo de su fuerza constante lo que él interpreta como el misterio del universo, de ahí que el panteísmo sea una vibración en su pensamiento, desvinculado de todo reconocimiento formal.

La sensibilidad cósmica del Apóstol constituye un aspecto esencial que transita todo su pensamiento, donde el hombre y la naturaleza son expresados en su pensamiento filosófico desde la cosmovisión y la espiritualidad del hombre, como aspectos de gran significación, a la vez que desde su subjetividad son comprendidos como agentes histórico-cultural, lo que no significa que lo hiperbolice, en tanto para J. Martí lo material y lo espiritual se encuentran en un vínculo inseparable.

La razón de su espiritualidad en modo alguno lo lleva a la subjetividad humana, por lo tanto no le veda el valor a su filosofía social, ya que para J. Martí el hombre es un sujeto socio-cultural que representa de forma sintetizada la totalidad del Universo.

Un lugar importante en el pensamiento martiano lo ocupa la cultura, la cual constituye un factor central en toda su concepción filosófica, a partir de comprenderla en estrecha vinculación con el hombre y la actividad humana, donde además, están relacionados los conocimientos, los valores, la práctica, entre otros aspectos que denota por su importancia como parte de la cultura, lo cual quiere decir que para él la cultura es una totalidad que se desarrolla en la comunicación humana.

Desde su posición de cultura considera al ser en su existencia humana que se desenvuelve en la praxis como actividad humana esencial, y es que para él la cultura es un eje que deviene como proceso esencial del hombre. Considera que la cultura es la producción humana, pero reconoce que no es toda producción, sino solo aquella que se direcciona en el sentido humano porque para él en el hombre no todo lo que se produce es cultura, porque el ser es capaz de producir en contra de la condición humana, y por lo tanto no puede ser comprendida como cultura.

Al situar al hombre como ser esencial en el centro de su concepción, e interpretarlo en su carácter humano, desde su quehacer, su sentir, entre otros aspectos, lo asume como ser significativo de la cultura, y es que Martí establece una estrecha relación entre el hombre y la naturaleza, donde a partir de su

sentido cósmico vislumbra la vinculación del ser humano con el medio, su habitad. Desde esta perspectiva se aprecia que en Martí la relación hombre-naturaleza tiene un amplio sentido **ecosófico** porque establece esta relación como un proceso donde el hombre naturaliza y la naturaleza lo humaniza.

En la cultura están los valores, según la propuesta martiana, sólo en el sentido que ellos se culturalizan, y es que los valores, según Martí únicamente cumplen su función en la providencia en que están integrados a la cultura, por eso propone un código de valores que se centran fundamentalmente en la bondad, la verdad y la belleza, sin embargo para él todos están mediados por el amor, de donde emergen la dignidad, la virtud, entre otros valores, no obstante su dirección fundamental está en la virtud como un valor de valores, a la vez que es capaz de establecer una interrelación dialéctica entre todos los valores en el ser humano.

En su concepción filosófica del mundo, en correspondencia con su visión del hombre y sus credos, ocupan un lugar importante la vida y la muerte en el sujeto, por lo que para él la vida es una realización humana donde el optimismo constituye la virtud que lo tipifica, sin olvidar los aspectos que constituyen la expresión contradictoria de su existencia interna y externa. Por otro lado la muerte es considerada como un tránsito en la existencia humana, la cual es inapreciable cuando se ha cumplido dignamente con el deber y los valores humanos.

En tal sentido es preciso reconocer el predominante carácter axiológico de su filosofía, pues se empeña en la búsqueda de la ley de la ascensión humana, de la riqueza espiritual del hombre y encuentra en lo axiológico, en la función que cumplen los valores como la base del cultivo humano. Desde su punto de vista los valores, sin realizar un examen filosófico exhaustivo sobre la naturaleza del "valor", constituyen aspectos de gran significación como vivencias del ser humano.

En Martí prácticamente se identifican los valores éticos y políticos que se vinculan entre sí porque para él son conciencia de su necesidad y eficacia. En su concepción existe un sistema de valores, conformado en la cultura, hecho conciencia, como valencia social, expresado en término ideopolítico, que aunque no agota todo el espíritu emancipador, si existen otros componentes de la subjetividad humana que ajusta a un ideal que impulsa, orienta y regula el hacer práctico-espiritual.

La postura filosófica martiana está marcada por su visión del mundo y del hombre, por la experiencia y sobre todo por la sabiduría política, en tal sentido traza caminos, crea confianza, cultiva razón y sentimiento y prepara conciencia para realizar el ideal de la nación, además de creer y fundar una cultura con alma política y un carácter nacional donde prima el patriotismo y amor desinteresado hacia la liberación nacional.

En síntesis en Martí se vinculan conocimiento, valor, acción práctica y comunicación intersubjetiva como las variadas formas en que el hombre

apropia y reproduce creadoramente la realidad material y espiritual; de ahí que su pensamiento y su obra encarnan un cuerpo cultural de entraña política para realizar una República próspera de naturaleza ético-moral, y es que su interés estuvo sobre todo en la ascensión humana, el progreso socio-cultural del hombre, como medio fundamental de realizar sus fines.

No constituyó su pensamiento una racionalidad instrumental, sino de racionalidad humana, que sin desfavorecer el conocimiento, la ciencia, la técnica, como medidas de desarrollo cultural humano, sabe que a la esencia del hombre, se llega revelando esos ímpetus, ocultos a veces, de su subjetividad, de ahí la búsqueda del sentido humano, sobre todo, como vía de acceso primario a la esencia social del hombre.

Enrique José Varona fue otro fidedigno seguidor de la tradición filosófica cubana, que estimuló el método experimental y estuvo siempre en contraposición a la escolástica, el eclecticismo y el espiritualismo ya que no contribuían con el avance científico y el desarrollo de la filosofía moderna. Varona se enfrentó a todo intento de restablecer la metafísica en la Universidad de La Habana, a partir de la pretensión de la recepción del krausismo. De igual forma se opuso al idealismo de I. Kant y G. F. Hegel, al que consideraba en ambos casos especulativo.

Fue esencialmente un positivista por ser un continuador de la concepción de A. Comte; no obstante, E. J. Varona establece una fuerte crítica a este pensador francés, por la razón de que este no había sido consecuente con el método inductivo inicialmente propugnado por él, quien además había mantenido un carácter metafísico en la teoría de los tres estadios y por demás haber hecho concesiones a las ideas religiosas, por el contrario Varona se asentó en una posición ateísta.

Aunque E. J. Varona se cuestionaba la validez de cualquier clasificación de las ciencias, dada la constante interacción de todos los fenómenos del mundo y la necesaria interdependencia de las ciencias, llegó a aceptar la clasificación comteana de las ciencias, por lo que para ello priorizó las matemáticas en lugar de la lógica y se opuso a la subestimación de la psicología. De ahí la consideración en los estudios sobre la vida y obra de Varona que llegan a plantear que él fue un positivista que superó su propio positivismo.

Varona siempre se preocupó por el desarrollo de las investigaciones científicas de su época, cuestión que se expresa en los múltiples artículos que realizó para considerar los avances científicos-técnicos de su época; en tal sentido supo destacar el significativo rol de las ciencias naturales y sociales para el desarrollo de la cultura cubana de su época.

Desde esta perspectiva vio en las ciencias la posibilidad y la necesidad de solución a los problemas emergentes de los pueblos, quienes tenían que cultivarlas para lograr e intentar alcanzar el nivel de vida y desarrollo más avanzados. Resulta interesante en Varona la consideración acerca de que la ciencia ha de ser desinteresada, pero no indiferente al ascenso del hombre, al

bien de la patria, al aumento de la civilización, ya que lo que se requiere es el progreso de la humanidad.

La investigación científica constituyó para él acicate para el hombre, quien debía utilizarla como insustituible instrumento en la construcción del conocimiento, ya que podía asegurarle una vida mejor porque en su consideración el fin de la ciencia es llegar al descubrimiento de las causas y las proporciones.

Para él la filosofía tenía un objeto y una función que jamás podrían ser sustituidos por las ciencias, aun cuando no pudiese prescindir de los resultados de estas, del mismo modo que las ciencias no podrían desarrollarse plenamente al margen del desarrollo del pensamiento filosófico.

En lo que respecta a los métodos del conocimiento para E. J. Varona, los más adecuados era aquellos que fueran capaces de superar al inductismo y al deductismo, si bien tiene en cuenta estos métodos, considera la unidad sintética de ambos, de ahí que en su pensamiento se aprecia cierta tendencia más inclinada hacia el empirismo que hacia el racionalismo. A la vez insistía en reconocer las restricciones de cualquier enfoque hiperbolizador del empirismo que no tomase en comedimiento el irremplazable rol del pensamiento lógico, cuestión que se expresa en su dedicación al estudio de la lógica.

Varona defendía la necesidad de las hipótesis como el hecho científico que permite lograr la verdadera investigación científica, pues de no ser así se escurriría por la vía del empirismo estrecho, que no correlaciona la relación de los procesos inductivos y deductivos. De esta forma concede gran significación como fuente del conocimiento a la experiencia, pero sin desdeñar el rol de la deducción lógica como vía necesario del conocimiento humano. Tal consideración conduce a Varona a reconocer la posibilidad del conocimiento a partir de los fenómenos psíquicos y dar importancia a la psicología como ciencia. Al mismo tiempo sostenía la irreductibilidad de los fenómenos psíquicos a los fisiológicos, aunque consideraba imprescindible también el conocimiento de estos últimos.

Para él el hombre no puede estar fuera de la sociedad porque no posee sentido, ante todo porque sus condiciones internas subjetivas son expresión del orden social.

En el orden epistemológico Varona asume que el sujeto reelabora los datos que observa del exterior, que a la vez se relaciona con la experiencia obtenida durante su vida, y donde inciden sus sentimientos y sus fines, de ahí que el sujeto actúe sobre la base de sus valoraciones. Según sus consideraciones, para que se produzca el conocimiento resulta imprescindible el vínculo orgánico entre el sujeto y el objeto, que se expresa en la ley que llamó de la relatividad, esta posición filosófica fue contraria a las concepciones hegelianas, porque el filósofo alemán reducía dicha relación a un plano estrictamente ideal.

En los últimos años de su producción científica, en lo que a la filosofía se

refiere, comenzó a declinar con cierto escepticismo en la interpretación de los diversos procesos, que estuvieron en los aspectos de la comprensión epistemológica del proceso cognoscitivo y en el análisis de los procesos sociológicos.

Esto no era más que consecuencia de los momentos de crisis y manifestaciones de escepticismo y agnosticismo que hubo en su pensamiento, mas se debe reconocer que en modo alguno caracterizaron en sentido general y definitivamente sus concepciones epistemológicas, ya que su plena seguridad en el conocimiento científico consolidó su fe en el progreso de la humanidad y la confianza de alcanzar la verdad como adecuada, y en correspondencia del pensamiento con la realidad.

### CONCLUSIONES

En la tradición filosófica cubana influyeron importantes tendencias y corrientes en el siglo XX como el Marxismo, la Fenomenología, el Existencialismo, la Antropología Filosófica, la Filosofía de la religión, la Filosofía de la educación, entre otras, donde se pueden mencionar a Jorge Mañach, Humberto Piñera, Roberto Agramonte, Pedro Vicente Aja, José Ignacio Lasaga, Mercedes y Rosaura García Tudurí, Rafael García Bárcena, Emilio Roig, Fernando Ortiz, Elías Entralgo, Antonio Martínez, Juan I. Jiménez-Grullón, Medardo Vitier, y otros.

Si se tiene en cuenta el carácter histórico-lógico del pensamiento filosófico cubano se aprecia que se erige sobre ideas humanistas y de raíces cristianas, a la vez que concilian las posiciones filosóficas y científicas más avanzadas de cada tiempo con planteamientos acerca del hombre, de la sociedad, el conocimiento, entre múltiples fenómenos que fueron objeto de reflexión filosófica, distantes del radicalismo materialista que niega el ámbito de la trascendencia. La filosofía en Cuba tiene una autenticidad por la autodeterminación de un pensamiento teórico que alcanzó la cualidad de ser electivo frente a lo ecléctico y retomar aquellas corrientes filosóficas que le son propias e inherentes a su realidad natural y así permitir al individuo conocer una verdad absoluta de su circunstancia e historia presente.

Desde la aparición del pensamiento electivo que se circunscribe en el terreno filosófico bajo los principios de fe, experiencia y razón, las consideraciones en el plano socio-político, donde se dirige la atención al reconocimiento de las virtudes humanas, se glorifica a la patria hasta la asunción de los adelantos científicos en bien del hombre, se denota que los filósofos de las pasadas centurias pensaron con cabeza propia y supieron cimentar el derecho fundamental a la creación de un pensamiento *sui géneris*, ante todo por las aportaciones que sirven de fundamento para el desarrollo de un pensamiento filosófico cubano que fue continuo y permanente a lo largo del siglo XX, y donde aparecen ejemplos significativos que sientan las bases de un nuevo ideal, pero que en definitiva contribuye a sustentar las nuevas ideas en la actualidad.

A partir de la segunda mitad del siglo XX se inserta, lo que ya desde J. A. Mella

se proyecta, el pensamiento Marxista y la Dialéctica Materialista, que con la visión política y educativa de Fidel transforma la Educación Cubana en su quehacer práctico e ideológico, con una mirada de futuro, que debemos integrar a las raíces de nuestro pensamiento pedagógico en una auténtica continuidad histórica, lo cual es una urgencia y reto de nuestros días, en el fortalecimiento de un pensamiento pedagógico cubano genuino.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De la Luz y Caballero, J. (1991). Escritos Educativos. La Habana: Pueblo y Educación.
- Fuentes H. (2002) La formación por la contemporaneidad. Modelo Holístico Configuracional de la Didáctica de la Educación Superior. Revista Esquemas Pedagógicos. ISSN 019-308. UDEC. Colombia.
- Hart, A. (1995). José Martí y los desafíos del siglo XXI. La Habana: CREART
- Ibarra, J. (2004). Varela el precursor. Un estudio de época. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- Martí, J. (1963). Obras completas. Editorial Imprenta Nacional de Cuba. La Habana, Cuba.
- Mella, J. (1985). Glosas al pensamiento martiano. La Habana: Letras Cubanas.
- Pérez R. (2008). Estudio de la obra educativa de José Agustín Caballero como iniciador de la Pedagogía Cubana. ISP Félix Varela. Editorial Universitaria del Ministerio de Educación Superior.
- Torres-Cuevas Eduardo. (1995). Félix Varela los orígenes de la Ciencia y conciencia cubanas.
- Varona, F. (2002). Valores morales y humanismo martiano: composición armónica. Homagno 2 enero 2002
- Vitier, C. (1997). Martí en la Universidad. La Habana: Editorial Félix Varela.